

LOS EMPERADORES ROMANOS Y LA *IMITATIO* DE ALEJANDRO MAGNO*

Resumen: El presente trabajo analiza el diferente tratamiento otorgado por el pensamiento grecolatino a la figura de Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos. Se delinea la trayectoria de la *imitatio Alexandri* desde los orígenes del Principado a la época de los Severos.

Abstract: The present work analyzes the different treatment granted by the Greco-Latin thought to the figure of Alexandre the Great, model of the Roman emperors. The trajectory of the *imitatio Alexandri* is delineate from the origins of the Principate to the Severan period.

La representación de la figura de Alejandro, que como conquistador y rey fascinó a los jefes romanos tardorrepúblicanos y a los príncipes altoimperiales, respondía a un dúplice cliché: el buen / mal Alejandro. Estas corrientes divergentes en el tratamiento del personaje, que hundían sus raíces en el mundo helenístico, fueron asumidas por la cultura romana. Ambos filones de la tradición aparecen articulados en torno a tres niveles, a saber, personal / político / militar. El buen Alejandro es definido como un ser dotado de valores morales, poseedor de las virtudes del buen soberano, gran conquistador. Frente a ello, la vertiente negativa de la tradición insiste en la degeneración moral, carácter autocrático y éxitos militares debidos no a su *areté-uirius* sino a la *tyché-fortuna*. Así, el Macedonio se convierte en un arquetipo que cobra presencia en la ideología política romana.

Alejandro se popularizó en el mundo romano como fruto de la relación con el helenismo, fenómeno que implicó la difusión de nuevos componentes ideológicos. Su figura suscitaba notable interés en el s. I a.C., momento en que la marcha hacia el poder personal abonaba los intentos de *imitatio* —así Pompeyo, César y Antonio—. La imitación de Alejandro hallaría una alta expresión con el advenimiento del régimen imperial. Para los príncipes del Alto Imperio, que volvieron sus ojos a las monarquías helenísticas, el hijo de Filipo encarnaba el ideal de monarca y conquistador universal, el modelo a imitar. En consecuencia, el personaje cobró un renovado interés para pensadores y miembros del staff político, interés que cristalizó en recreaciones contrastantes de su imagen a tenor de la realidad histórica. Ensalzado como conquistador universal y arquetipo positivo de soberano o denostado como autócrata cuyas empresas son severamente calificadas, el debate plasma a nivel ideológico el conflicto Occidente-Oriente (Ceausescu).

El tratamiento del tema Alejandro-emperadores romanos / Imperio alejandrino-romano seguiría una línea discontinua por efecto del diferente enfoque dado por el pensamiento griego y latino. A grandes rasgos la visión latina es predominantemente negativa durante el s. I, especialmente en los círculos estoicos, o escasamente relevante durante el s. II, momento en que Alejandro recibió

* Este artículo tiene como base la Conferencia dictada en el Curso de Verano de la UPV/EHU «Formas políticas y centros de poder en el Mediterráneo en la

Antigüedad», celebrado en San Sebastián en el verano de 1995 y dirigido por el Prof. Juan Santos.

por parte de los autores helenófonos un tratamiento altamente positivo en la vertiente estoica y negativo en el epicureísmo. No obstante, si se observan dos bloques con una composición más favorable obviamente en el caso griego —dado que Alejandro era la figura clave del helenismo— y el estoicismo brinda una doble valencia —en todo caso sus juicios no parecen sistemáticamente hostiles según las últimas investigaciones—, la composición interna de cada bloque es diversa, confluyendo incluso visiones opuestas en un mismo autor.

En el proceso de *imitatio* a que se libraron los príncipes del s. I se pueden destacar varios hitos. La instauración del Principado por Augusto representa el triunfo del poder personal que corrientes de ideología política conservadora y democrática persiguieron sin éxito en la etapa terminal de la República. Augusto puso fin a las guerras civiles salvaguardando a ciudadanos e instituciones, obra públicamente reconocida por el Senado que, entre otros extremos, le concedió la *corona civica* según muestran las acuñaciones de la época con una tipología en la que aparece en el anverso cabeza de Augusto y en el reverso *corona civica* y leyenda *O(b) C(ives) S(ervatos)*. La propaganda del régimen, en el que el *princeps* (el primero de los ciudadanos) detenta la totalidad de poderes, insiste en la *pax Romana*, fruto de la victoria en *Actium*. En esta nueva realidad se inserta el tema de Alejandro, cuya figura era admirada por el príncipe. La historiografía se ha cuestionado, no obstante, el tema de la *imitatio* augústea, con posturas que oscilan de su aceptación a la defensa de una actitud reservada del príncipe, cuya política nacional era inconciliable con la imitación del Macedonio (Ceausescu).

El interés del fundador del Principado por la cuestión alejandrina se patentiza, entre otros aspectos, en creencias sobre su nacimiento y destino excepcional. Éste fue probado por el prodigio obrado en Tracia, ante su padre Octavio, idéntico al ocurrido sólo a Alejandro cuando sacrificó en los mismos altares, según Suetonio (*Aug.* 94, 7); frente a su postura habitual, el autor no deja traslucir animadversión hacia Alejandro. En idéntico sentido se encuadra la visita a la tumba del Macedonio en Alejandría, noticiada por Suetonio *Aug.* 18, 1 (Cass. Dio LI, 16, 5), donde rindió homenaje al cuerpo colocando sobre su cabeza *corona aurea* y cubriéndolo de flores, pues lo consideraba un rey, honor que no dispensó a los Ptolomeos. Igualmente Suet. *Aug.* 50 menciona que Augusto usó como sello, durante un tiempo, una efigie de Alejandro Magno. La *imitatio*, patente tras *Actium*, comportaba una difusión de los componentes ideológicos que habían respaldado la conquista alejandrina, Heracles y Diónisos. La cuestión alejandrina recurre en los autores contemporáneos y en el arte. En el círculo intelectual augústeo, Tito Livio aborda la temática de Alejandro y los jefes romanos en el *excursus* sobre L. Papirio Cursor (IX, 17-18). El autor establece una comparación entre las empresas alejandrinas y romanas, aquéllas obra de un solo personaje dotado de elementos negativos, éstas fruto de las virtudes de numerosos hombres. La digresión liviana plantea, como han reseñado distintos estudiosos, la postura de superioridad de los jefes romanos, con Papirio a la cabeza, sobre un rey oriental al que habrían derrotado si hubiera atacado Italia. Por otro lado, como ha sido puesto de relieve, Horacio en su epístola a Augusto (II 1, 232-244) dibuja un Alejandro negativo contrapuesto a la actuación positiva del príncipe.

La conformación de un dominio universal implicaba la conquista de los mundos atlánticos paralelamente a la solución de los problemas de Oriente. Con marcados intereses económicos, en el año 25 Augusto envió a Arabia meridional la primera expedición militar romana, al mando de *Aelius Gallus*, que aunque no fructificó acopiaría información —al uso de las campañas alejandrinas— sobre mineos, sabeos y himyaritas. Cuestión clave en la política oriental representaban Partia y Armenia. En cuanto al reino parto, allende la línea del Éufrates, había representado durante el s. I a.C. un obstáculo insalvable a las armas romanas. El episodio de Carras, en el 53, significó no sólo el desastre militar y la muerte de Craso, sino la gestación de una conciencia de inferioridad ro-

mana ante los partos invictos. Augusto optó por una solución diplomática cuyos frutos se plasmaron en la recuperación de los *signa militaria* arrebatados a Craso y una provisoria solución respecto a Armenia. Esta victoria «pacífica», que lavaba el honor romano, fue celebrada por la propaganda del régimen y vehiculada por el eficaz discurso figurativo de las monedas. La devolución de las enseñas marca, en el año 20 a.C., un giro en el planteamiento de la cuestión alejandrina, exaltada hasta este momento.

El fracaso real ante la conquista del reino de los Arsácidas, que impedía alcanzar el límite del imperio de Alejandro, implicaba en adelante obviar conscientemente una comparación con el gran Macedonio, en la que el príncipe quedaría ineludiblemente en una posición desventajosa. Como han puesto de relieve los especialistas, se instrumentalizaron nuevos elementos que conducirían a la certidumbre de una supremacía de Augusto respecto a Alejandro en el plano de las conquistas, según evidencia la posición universal de Roma plasmada en las *Res gestae* 30-33. El príncipe, en contraposición al Macedonio, aparece como conquistador de Occidente. La extensión del Imperio a los límites de la *oikouménē* suscitaba la consideración de los confines occidentales y septentrionales, cuestión en la que se inserta el tema del Atlántico en la concepción augústea. De las Columnas de Hércules a las supuestas Columnas de Hércules del Norte, sobre las que se proyectó una expedición naval, se configura un espacio abierto al interés del príncipe y del que el poder hará un uso ideológico. El valor simbólico unido a las manifestaciones de la potencia romana sobre estos confines oceánicos del mundo se plasma (R. Dion) en miliarios béticos, inmediatos al cambio de era, en los que se utiliza la expresión *Ad Oceanum* para designar a *Gades*, centro por otro lado ligado a la memoria de Alejandro. Es en Occidente donde el príncipe materializó sus planes de conquista, no ofreciendo muestras de una política puramente defensiva, sino con ambiciosos proyectos pese a su declaración de contentarse con los límites actuales del imperio.

No hubo alteración en el límite sur del mundo habitado, constituido por la zona tórrida de África; el príncipe alentó expediciones, entre ellas la del prefecto de Egipto C. Petronio a Etiopía, en una combinatoria de actividades militares y exploración geográfica siguiendo el modelo alejandrino. En Oriente, en los años inmediatos al cambio de era, el príncipe intentó poner solución a la reabierta cuestión de Armenia y a la presión del reino parto. La expedición de Cayo César, el 1 a.C. —con una nueva tentativa sobre Arabia—, representó una ocasión para los partidarios de una decidida intervención en el mundo oriental, plasmada en Ovidio. Pese a los esfuerzos de la propaganda, a la muerte de Augusto los límites del Imperio estaban lejos de coincidir con los de la *oikouménē*. En el marco de la *imitatio Alexandri* se explica la presencia en Roma de obras artísticas procedentes de Oriente, algunas de Apeles y Lisipo (Plin. XXXIV, 18, 8; XXXV, 36, 93), y motivos iconográficos de tema alejandrino, que se difundirían al ámbito provincial.

En las aspiraciones al dominio universal y la monarquía oriental el paradigma eran las realizaciones alejandrinas, a cuya *imitatio* se libraron los príncipes julio-claudios, mientras se detecta una decadencia de la figura del Macedonio en época flavia. En el plano de las conquistas en Oriente, conexas a la exaltación de la gesta alejandrina, los romanos se hallaban en inferioridad a su modelo. En el terreno político se dirimía la existencia de una monarquía regida por un *civis* con la aquiescencia del Senado o un reino autocrático al estilo oriental denostado implacablemente por las fuentes pro-senatoriales. El reinado de Augusto dejó un buen recuerdo en autores posteriores por cuanto rechazó la teocracia, al igual que Tiberio (14-37), para quien el fundador del Principado superó a Rómulo —uno de sus arquetipos— y Alejandro, según expresó en la *laudatio funebris* del príncipe. En el reinado de Tiberio no aparecen signos de *imitatio*, pero es de interés reseñar el caso de su sobrino Germánico. Éste en el año 19 alcanzaría la muerte por envenenamiento en Oriente —Antioquía de Siria— tras haber realizado del 14 al 17 victoriosas campañas en el Rin.

Una vez relatados estos éxitos militares, Tácito (*Ann.* II, 73) aborda la comparación Germánico-Alejandro en una clave favorable al romano y de evidente animadversión hacia Tiberio. No obstante, el elogioso pasaje contrasta con el conjunto de acciones del romano referidas en los *Anales* (Malissard, *Neronia IV*). La similitud que el autor latino observa entre ambos personajes se nuclea en torno a distintos aspectos: físico, noble linaje, edad, tipo y escenario oriental de la muerte (debida a gentes de su entorno por envenenamiento). La comparación entre ambos personajes arroja un saldo altamente positivo para Germánico, dotado de virtudes (*clementia, temperantia...*) ausentes en Alejandro. En cualidades militares Germánico no le iba a la zaga al Macedonio, cuyas conquistas hubiera realizado con mayor celeridad de haberse hallado en sus circunstancias. El paralelo de Germánico con Alejandro realizado por Tácito es de interés, como ha señalado Paladini, por cuanto hay una transposición de la gloria militar de tipo alejandrino de Oriente a Occidente.

Durante el s. I se reactualizó la temática alejandrina a tenor de los progresos de la *imitatio*. En dicha centuria cobra actualidad el debate monarquía / tiranía, en el que el *princeps* aparece dotado de las virtudes tradicionales como contraposición al *dominus*. Lejos de pretender poner en tela de juicio el régimen monárquico, la recreación de un Alejandro como referente positivo del príncipe por los círculos afectos al poder, expresada también en la plástica, halla un contrapunto en la denigración del modelo por los opositores a la política filooriental de determinados monarcas, aspectos que han sido objeto de diversos análisis (*Neronia IV*; cf. Bibliografía).

Las preferencias por el modelo monárquico helenístico fueron evidenciadas por los príncipes julio-claudios con diverso grado de fortuna. Es conocida la fascinación del hijo de Germánico, Cayo Julio César, por el cosmocrátor macedonio. Calígula (37-41), como se le denominaba, acentuó sus tendencias autocráticas en detrimento del Senado, dándose a la comisión de toda suerte de desvaríos a decir de las fuentes prosenatoriales. Como un déspota oriental sometió a sus súbditos a la práctica de la *proskynesis*, al igual que hiciera Alejandro, hecho que concitó la más viva repulsa de los círculos senatoriales. A su vez, Suetonio (*Calig.* 52), con evidente rechazo, refiere el proceder grotesco del príncipe, que hizo uso de la coraza de Alejandro sacada de su tumba (cf. Cass. Dio LIX, 17, 3). En este marco, el reinado de Claudio representó un contrapunto a las veleidades orientalizantes.

La dimensión negativa de la figura de Alejandro aparece expresada por la cultura latina en una toma de postura y referencia a la actuación del príncipe reinante. Desde este plano las invectivas del estoicismo se centraban en gobernantes desviados del canon de buen soberano. La *imitatio Alexandri* permitía así verter juicios desfavorables sobre este arquetipo de emperadores romanos alejado del *rex iustus* y caracterizado como *tyrannus* dados sus rasgos autocráticos. El mito de Alejandro cobra entonces un valor como instrumento político de crítica al poder y, burlando la censura, el príncipe es denigrado a través del ataque a su modelo. Este modelo negativo se identifica con gobernantes que concitaban la oposición senatorial. La figura de Alejandro era, así, un instrumento de expresión de la oposición intelectual y aristocrática.

La dimensión negativa de la figura de Alejandro, expresada por la cultura latina, en gran medida estoica, cristaliza de forma virulenta durante el reinado de Nerón (54-68), declaradamente anti-senatorial tras el *quinquennium aureum*, con veleidades teocráticas y claros intentos de asimilarse al Macedonio. El príncipe aparece como un ferviente admirador de la obra alejandrina en el plano político y militar. El último de los julio-claudios mostró sus preferencias por una monarquía de tipo helenístico en la que quedaba minimizado el papel de la aristocracia senatorial. Distintos ejemplos patentizan la admiración del príncipe por el Macedonio, cuya estatua, debida a Lisipo, mandó dorar según refiere Plinio (XXXIV, 63).

Durante el reinado de Nerón se evidencia la conexión entre *imitatio Alexandri* y problema parto, cuestión que Roma no había podido resolver de forma favorable por las armas. Siguiendo tradi-

ciones republicanas, el príncipe abordó militarmente, en un clima de abierta admiración hacia el Macedonio, el contencioso reactualizado por Vologeses al entronizar a su hermano Tirídates en Armenia. En el año 58 Nerón llevó las armas a Oriente, en la persona de Domicio Corbulón que sometió Armenia, en un intento de conseguir la gloria alejandrina. Finalmente, el príncipe encaró el contencioso parto por la vía negociadora, presentando los débiles frutos como una victoria. Ello, al menos, le ofrecía la ventaja de obviar una comparación con el gran conquistador. La misión de Corbulón encierra, además, un componente de tipo alejandrino, la confección de memorias de estas campañas, obra de Licinio Muciano, que tienen un valor histórico y geográfico.

En la misma línea de cumplir los éxitos militares de Alejandro, aunque se han propuesto otras interpretaciones, se enmarcarían los proyectos reales de enviar distintas expediciones. Se registra en 60-61 una expedición más científica que militar a Etiopía (Plin. VI, 181), de la que también queda una relación hecha al príncipe por los *militēs praetoriani* como colofón de su actividad, que acopió detalles geográficos. Nerón planeaba también una empresa a las Puertas Caspianas que debería realizar la «Falange de Alejandro Magno», una nueva unidad legionaria reclutada a tal efecto en Italia (Suet., *Nero* 19, 4).

En la reacción suscitada por la política neroniana no se puede establecer un desarrollo lineal, recibiendo la figura del Macedonio un tratamiento contrapuesto como ha estudiado Cresci Marrone. La dimensión positiva del reinado, presente en las Églogas del clasicista Calpurnio Sículo, está representada por un tratamiento favorable de la figura de Alejandro en Manilio y Silio Itálico. El poeta épico Silio Itálico, un adepto a la política neroniana en su juventud —nacido en el 26 bajo Tiberio, murió en 101—, frecuentaba el aula neroniana, fue delator de la conjuración de Pisón y desempeñó el consulado en el 68 (sería procónsul de Asia bajo Vespasiano). En el poema compuesto al final de su vida, *Púnica*, que versa sobre la Segunda Guerra Púnica, expone una visión laudatoria de Alejandro (XIII, 762-776) que es la réplica a Lucano. La obra, aunque escrita bajo Domiciano y Nerva, recoge la experiencia de sus años juveniles marcados por la propaganda neroniana. El autor plasma un Alejandro que en nada recuerda al tirano y cuyas hazañas son definidas como la gesta de un *victor*.

No obstante, durante el reinado de Nerón afloraron posturas de fuerte hostilidad. La *imitatio* a que se libró el príncipe posibilitaba a la oposición senatorial asimilarlo al Alejandro *dominus*. Dicha oposición aparece encabezada por el estoico *Thræsea Paetus*, involucrado en la conjuración de Pisón en el 65 y víctima un año después de la represión que le siguió. Los autores prosenatoriales, filósofos estoicos y rétores opuestos al gobierno neroniano, retoman la figura del mal Alejandro, en un rechazo a la monarquía de tipo oriental y a la conquista. La imagen negativa de Alejandro aparece en pensadores de tendencia estoica, como Séneca —preceptor del príncipe— que muestra su disconformidad con el rumbo que cobró el reinado. Hombre de Estado y defensor de la monarquía como forma ideal de gobierno, Séneca plasmó en su obra, especialmente en el *De Clementia*, la imagen del *rex iustus* y su contraposición al *tyrannus* en una toma de postura que refleja con nitidez su ideología política y la del círculo de los *Annaei*. El filósofo, que moriría al ser descubierto en el 65 el complot de Pisón, se mueve en una línea no totalmente definida en sus juicios sobre Alejandro, presente en varias de sus obras, pero básicamente hostil (Lassandro). Frente a los rasgos positivos, expresados p. ej. en el *De ira* II, 2-3, Séneca reitera la vertiente negativa y aplica al Macedonio calificativos como *vesanus*, *latro gentiumque vastator* y tilda sus hazañas de *latrocinia* (*De ben.* I, 13, 3; *Nat. Quaest.* III, *praef.* 5). En la misma línea discurre la obra de su sobrino Lucano.

M. Anneo Lucano, cordubense (39-65), educado en Roma entre otros por el estoico *Cornutus* y formado en Atenas, fue compañero de estudios y amigo de Nerón, con el que rompería, llegando a participar en la conspiración de Pisón, que le valió la muerte. Como se ha señalado (Brisset, Croi-

sille en *Neronia IV*), el poeta, influido por las tendencias conservadoras de la aristocracia senatorial, en su *Farsalia* (compuesta entre 60-65) realiza una dura crítica al gobierno de Nerón. Dicha crítica se ejerce a través de una visión peyorativa de Alejandro, modelo del emperador (*Ph.* X, 20-52), al que elogia en el libro I (33-66). En el libro X Lucano hurta al conquistador universal su origen divino y lo conceptualiza como un tirano. En la línea de Séneca, aplica al Macedonio epítetos como *felix praedo* (X, 21) o *vesanus rex* (X, 42). El poeta, en una postura de mayor contundencia que el filósofo, ataca violentamente la tiranía de Nerón.

En coincidencia con el retrato de Séneca aparece el delineado por Q. Curcio Rufo. El autor desempeñó su actividad en un arco cronológico impreciso que los especialistas fijan bien en época julio-claudia o bajo los Flavios concretamente en los momentos finales del reinado de Vespasiano. En su *Historia Alexandri Magni*, la obra latina más notable sobre el Macedonio, vierte alabanzas y una crítica del personaje, el buen rey que degenera en *dominus*. Curcio Rufo sostiene que los triunfos del Macedonio se debieron a la *fortuna* y, en la línea del estoicismo latino, llega a calificarlo de *gentium latro* (VII, 8, 19).

Tras la relegación de la temática alejandrina durante el último tercio del s. I, por obra de los emperadores flavios, ésta cobra un nuevo impulso bajo los Antoninos. En estos años los pensadores reelaboran la figura del buen rey —carente de los rasgos negativos del tirano—, que es por añadidura gran conquistador, según aconsejaba la realidad de una activa política militar en Oriente. En el s. II se produjo una reactivación y reutilización del mito de Alejandro y cristalizaron importantes novedades. Como muy bien ha estudiado Zecchini, cuyas conclusiones retomamos, dicha centuria marca un claro contraste con la trayectoria anterior, detectándose cierta hostilidad o escaso relieve de la figura del Macedonio en la cultura latina mientras se asiste a un magnífico tratamiento por los autores de lengua griega. Entre los ejemplos aducibles en el mundo latino aparecen Frontón, la limitada importancia del Macedonio en las *Noctes Atticae*, obra en la que Aulo Gelio rechaza la continuidad Alejandro-Roma, o la posición de distanciamiento respecto al personaje que deja traslucir el emperador Marco Aurelio (161-180). La hostilidad hacia el Macedonio está representada por la tradición senatorial, patente en Tácito y con oscilaciones en Suetonio. Hay que buscar las razones de tan escaso interés en la consideración romana de su superioridad respecto a Alejandro, encarnada por Trajano y obra de autores originarios de las provincias helenófonas del Imperio.

Los pensadores griegos otorgaron, en general, un extraordinario tratamiento al tema Alejandro-emperadores romanos, aunque dentro de esta línea emergen elementos de gran complejidad patentes en la historiografía (Plácido). Plutarco de Queronea, nacido a mediados del s. I, en una postura equilibrada, apoyó a Trajano y consideró positivamente al Macedonio, personaje central del helenismo y por ende de la civilización, aunque no procedió a una comparación. El auge de la figura del Macedonio es debido a pensadores como Dión de Prusa, Arriano y Elio Arístides. La producción de los autores helenófonos se inserta en un contexto de renacimiento de las letras griegas perceptible en el s. II. Coadyuvan, además, un grado de concordia entre el poder imperial y los intelectuales —plasmando Trajano el favor acordado a los medios filosóficos— sobre todo estoicos, una actividad de los grupos dirigentes liderando los cambios y una postura favorable a los príncipes conquistadores tipificados en Trajano.

Los intelectuales griegos elaboran la visión positivamente más acabada de Alejandro, a la vez que emergen tendencias antirromanas que marcan una reacción durante la segunda mitad del siglo. A diferencia de la centuria anterior, la exaltación del Macedonio es obra de autores de formación estoica, brindando una nueva figura que constituye el ideal del *princeps*. En este plano, no obstante, cristaliza una novedad de interés, el *princeps* es superior a su modelo —Dión Crisóstomo, su seguidor Arriano y Elio Arístides—. Por el contrario el antirromanismo de Luciano, un

epicúreo y por tanto antiestoico, marca una reacción que Ateneo consagrará durante el reinado de Cómodo.

El cambio cultural y político acaecido en el s. II es perceptible en Dión Crisóstomo y Trajano. En el plano cultural tal mutación viene representada, como han señalado los estudiosos, por una conciliación de concepciones entre el Imperio latino y el Imperio griego. En ello fue clave la figura de Dión Crisóstomo, natural de Prusa —afincado en Roma, sufriendo exilio bajo Domiciano—, que estuvo próximo a Nerva y Trajano, al que apoyó al igual que la mayoría de los intelectuales griegos. De pensamiento cínico-estoico, teorizó sobre una cuestión candente, la monarquía, defendiéndola en sus cuatro discursos como la mejor de las tres formas de buen gobierno, frente a aristocracia y democracia. Dión describe al buen rey como poseedor de la *uirtus* frente a la *fortuna*. A tenor de la realidad del reinado de Trajano, que representa un impulso a la política de conquistista, en su construcción de esta imagen el autor pone el acento en la dimensión militar del *rex*. Se delineaba, así, la mejor de las monarquías regida por el mejor de los príncipes, Trajano.

En los discursos de Dión ocupa un lugar clave la nueva figura de Alejandro. En consonancia con su formación cínico-estoica en el discurso IV representa al Macedonio como un tirano, realizando así una crítica contra Domiciano. Un carácter diferente presentan los discursos I-II (compuestos durante el reinado de Trajano), donde Dión magnifica la figura del Macedonio y su afinidad con los emperadores romanos. Alejandro es a la vez paradigma y anticipación de Trajano. Como muestra la investigación, el autor estableció un paralelo Alejandro-Trajano, en primer lugar eliminando los elementos negativos del modelo exonerado de todo rastro de tiranía y presentado como el monarca ideal, y en segundo lugar convirtiendo a Trajano en digno de tal modelo.

Las fuentes señalan al hispano Trajano (98-117) como respetuoso de la tradición y a la vez admirador de Alejandro. La presencia de la figura del Macedonio en la monarquía trajanea está contenida en la obra del bitinio Dión Casio, natural de Nicea, que alcanzaría el consulado en los inicios del s. III. Su *Historia de Roma*, que abarcaba de los orígenes al 221, contiene diversas referencias al tema alejandrino y por su exactitud es clave para reconstruir la guerra pártica (epítome de Xifilino). El autor, que defiende el papel civilizador de Roma, era un adepto de Trajano. Sin que significara una oposición al régimen, Tácito había mostrado su desagrado por la exaltación de la gesta alejandrina, consciente de una contradicción entre la *civilitas* y las tendencias «absolutistas» del príncipe.

Pero en el tema alejandrino se daría un vuelco decisivo por cuanto el gran conquistador iba a ser superado por el *optimus princeps*. En la política expansiva de Trajano, con la anuencia de todos los sectores, planeaba la sombra de las hazañas alejandrinas. A la manera del Macedonio, el príncipe se hizo acompañar en la conquista de Dacia (101-107) por especialistas que recogían no sólo sus éxitos militares sino también datos varios sobre las poblaciones dacias. Tales son los fragmentos griegos de la obra del liberto Critón, *Getica*, su médico personal.

El reinado de Trajano representa un momento clave en el tema parto, una cuestión pendiente y prioritaria para el Imperio. Con su política oriental, abocada a la aniquilación del reino de los Arsácidas, el príncipe perseguía la incorporación de nuevos territorios que ampliarían la extensión del Imperio hasta los límites de la *oikouménē*, el paso de la línea del Éufrates creando una frontera segura y la erradicación del control parto sobre el comercio caravanero. A propósito de la guerra pártica (114-117) reaparece la figura de Alejandro. Marcando una diferencia con los monarcas del s. I, Trajano realizó un viraje político en 112 reforzando su poder personal sin llegar a un enfrentamiento abierto con el Senado, un viraje en el que están presentes los preparativos de la guerra (Cizek), que acentuaría su interés por la figura del Macedonio. La amonedación de su reinado vehicula la vinculación con Hércules, vinculación que reconducía a Alejandro.

Frente a la primera fase de la cuestión parta en época altoimperial, cumplida por la dinastía Julio-Claudia, se lleva a cabo una ofensiva y la superación de la frontera del Éufrates. El pretexto fueron los asuntos de Armenia —donde el parto Cosroes había entronizado a su sobrino—, que sería conquistada y convertida en provincia, al igual que Mesopotamia, en 115 (excepto la Osroene). La intervención militar del príncipe, cuyos logros cesaron en 116, no representó una verdadera victoria sobre los Arsácidas, pese a los esfuerzos de la propaganda. Según Dión Casio (LXVIII, 29, 1) Trajano pretendió falsamente haber avanzado más lejos que Alejandro y en este sentido escribió al Senado; a su vez, Festo (*Breu.* 20) refiere que el príncipe había alcanzado los confines de la India siguiendo a Alejandro. En su fascinación por la figura del Macedonio, Trajano incluso realizó un sacrificio en el lugar de su muerte, Babilonia. La política trajanea inaugura una nueva etapa en la relación con los partos que significa el fin de la posición de desventaja sufrida por Roma. El príncipe no aparece como un conquistador tirano a la manera de los Julio-Claudios sino como *optimus princeps* (al igual que Júpiter). Era poseedor de los atributos del buen rey del s. I y del buen conquistador, dotado únicamente de virtudes según Plinio el Joven.

La monarquía trajanea presentaba, pues, importantes novedades respecto a la trayectoria anterior. El príncipe se acordaba con el modelo de buen rey definido por Dión de Prusa, cuyos presupuestos retoma el historiador Arriano de Bitinia. Helenófono y de formación estoica —con el filósofo Epicuro— este bitinio, natural de Nicomedia, alcanzó una posición notable en la administración imperial. Arriano defiende una continuidad Alejandro-romanos, ofreciendo en su *Anábasis de Alejandro* —compuesta a mediados de siglo—, un positivo tratamiento de la figura del Macedonio, que reaparece también en historiadores como Apiano. Se percibe, no obstante, un importante matiz, pues Alejandro, al que se prodiga un buen tratamiento en el plano moral y militar, es el modelo de Trajano, pero éste ha superado a su modelo. La superioridad del Imperio romano sobre el macedonio es afirmada, a mediados de siglo, por Elio Arístides en su discurso *A Roma* 24-27.

La reacción a esta visión positiva elaborada por la cultura estoica griega del s. II, proviene de un autor helenófono, el epicúreo Luciano de Samosata, que a mediados de dicha centuria expresa su rechazo a la figura de Alejandro y al Imperio romano. Luciano denigra la afinidad Alejandro-emperadores romanos, dirigiendo contra el primero —al que considera inferior a su padre Filipo en el plano militar— algunos de sus *Diálogos de los muertos* (XII-XIV) mientras los romanos son los destinatarios del *Nigrino*.

A fines del s. II el último de los Antoninos, Cómodo (180-192) abandona la *imitatio* en el plano militar centrándose en la identificación con Hércules a semejanza de Alejandro. Así, obligó al Senado a denominarle *Hercules et deus*, apareciendo ataviado como el dios. Las manifestaciones se observan en el campo numismático, a través de la leyenda *Hercules Commodianus*, y artístico. El heracleísmo de Cómodo es enmarcable en el vasto campo del lugar del heracleísmo en la ideología imperial. Las fuentes prosenatoriales (Dión Casio y, en mayor medida, la *Vita Commodi*) denostan su reinado, reflejando las tortuosas relaciones del príncipe con la aristocracia senatorial.

De Nerón a Trajano o de éste a Cómodo la *imitatio Alexandri* cobra especificidades que en el reinado del último Antonino se centran, pues, en la identificación con Hércules, abandonando la *imitatio* en el plano militar. Como ha estudiado Zecchini, la reactualización del modelo negativo de Alejandro vino de la mano de Ateneo de Náucratis —fines del s. II o comienzos del s. III—, al realizar una dura crítica del Macedonio. No le atacó como tirano ni militar, a la manera de los estoicos del s. I y Luciano, sino en el plano moral. La descripción moralmente negativa que Ateneo realiza de Alejandro representa en primer lugar una reacción a la figura positiva elaborada por la cultura estoica helenófona durante el s. II, y en segunda instancia una denigración de Cómodo a través de la crítica a su modelo. Se cerraba así el círculo: visión negativa de Alejandro durante el s. I

por la cultura latina impregnada de estoicismo / positiva en el s. II debida al estoicismo griego / negativa en la misma centuria por obra de autores helenófonos, Luciano y Ateneo. Con el advenimiento de la monarquía militarizada y burocratizada de los Severos, los emperadores se libraron a una intensa *imitatio*, destacando especialmente Caracalla (211-217). Durante el s. III se da un enfrentamiento monarquía-pensadores y, por consiguiente, un cambio en la concepción de la figura de Alejandro, convertido definitivamente en modelo de los emperadores romanos.

M.^a LUISA SÁNCHEZ LEÓN
Universitat de les Illes Balears
Dept. de Ciències Històriques
Campus Universitari
Edifici Ramon Llull
Carretera de Valldemossa, km 7,5
07071 - Palma (Illes Balears)

BIBLIOGRAFÍA

- AALDERS, G., 1961, «Germanicus und Alexander», *Historia* 20, pp. 382-384.
- AIARDI, A., 1979-80, «Interessi neroniani in Oriente e in Africa. L'idea di Alessandro Magno», *AIV* 138, pp. 563-572.
- ALESSANDRI, S., 1969, «L'*imitatio Alexandri* augustea e i rapporti fra Orazio e Curzio Rufo», *SCO* 18, pp. 194-210.
- ALFONSI, L., 1962, «Sul passo liviano relativo ad Alessandro Magno», *Hermes* 90, pp. 505-506.
- BALDWIN, B., 1990, «Alexander, Hannibal and Scipio in Lucian», *Emerita* 58, pp. 51-60.
- BARZANÒ, A., 1984, «Curzio Rufo, storico di Alessandro, e i Flavi», en: M. Sordi (ed.), *Alessandro Magno tra storia e mito*, Milano, pp. 169-178.
- BARZANÒ, A., 1985, «Curzio Rufo e la sua epoca», *MIL* 38, pp. 69-165.
- BELLINGER, A.R., 1957, «The Immortality of Alexander and Augustus», *YCLS*, pp. 93-100.
- BRACCESI, L., 1976, «Livio e la tematica di Alessandro in età augustea», *CISA* 4, pp. 179-199.
- BRACCESI, L., 1986, *L'ultimo Alessandro (dagli antichi ai moderni)*, Padova.
- BRACCESI, L., 1987, «Germanico e l'*imitatio Alexandri* in Occidente», en: G. Bonamente - M.P. Segoloni (eds.), *Germanico. Atti del convegno, Macerata-Perugia 1986*, Roma, pp. 53-65. *
- BRACCESI, L. et al., 1993, *L'Alessandro di Giustino: dagli antichi ai moderni*, Roma.
- BREITENBACH, H.K., 1969, «Der Alexander-Exkurs bei Livius», *MH* 26, pp. 146-157.
- BRUHL, A., 1930, «Le souvenir d'Alexandre le Grand et les Romains», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire* 47, pp. 202-221.
- CARLSEN, J. et al., 1993, *Alexander the Great: reality and myth*, Roma.
- CEAUSESCU, P., 1974, «La double image d'Alexandre le Grand à Rome -essai d'une explication politique», *StudClas* 16, pp. 153-168.
- CHRISTENSEN, P., 1909, «Alexander der Grosse bei den römischen Dichtern», *NJA* 23, pp. 107-132.
- COCCIA, M., 1984, «Seneca e Alessandro Magno», *Vichiana* 13, pp. 12-25.
- CRACCO RUGGINI, L., 1965, «Sulla cristianizzazione della cultura pagana. Il mito greco e latino di Alessandro dall'età antonina al medioevo», *Athenaeum* 43, pp. 3-80.
- CRESCI MARRONE, G., 1978, «Alessandro fra ideologia e propaganda in età augustea», *GIF* n.s. 9, pp. 245-259.
- CRESCI MARRONE, G., 1978, «Germanico tra mito d'Alessandro ed exemplum d'Augusto», *Sileno* 4, pp. 209-226.
- CRESCI MARRONE, G., 1980, «*Imitatio Alexandri* in età Augustea (nota a Plin. nat. hist. 35,27 e 93-94)», *A&R* 25, pp. 35-41.
- CRESCI MARRONE, G., 1983-84, «Alessandro in età neroniana: *victor o praedo?* », *AIV* 142, pp. 75-93.
- CRESCI MARRONE, G., 1987, «Germanico e l'*imitatio Alexandri* in Oriente», en: G. Bonamente - M.P. Segoloni (eds.), *Germanico. Atti del convegno, Macerata-Perugia 1986*, Roma, pp. 67-77.
- FEARS, J. R., 1974, «The Stoic View of the Career and Character of Alexander the Great», *Philologus* 118, pp. 113-130.
- FRUGONI, C., 1978, *La fortuna di Alessandro Magno dall'Antichità al Medioevo*, Firenze.

- GAGÉ, J., 1940, «Hercule-Melqart, Alexandre et les Romains à Gades», *REA* 42, pp. 429-432.
- GIANNANTONI, G., 1988, «Cinici e stoici su Alessandro Magno», en: G. Casertano (ed.), *I filosofi e il potere nella società e nella cultura antiche*, Napoli, pp. 75-87.
- GRILLI, A., 1984, «Alessandro e Filippo nella filosofia ellenistica e nell'ideologia politica romana», en: M. Sordi (ed.), *Alessandro Magno tra storia e mito*, Milano, pp. 123-153.
- HEUSS, A., 1954, «Alexander der Grosse und die politische Ideologie des Altertums», *A&A* 4, pp. 65-105.
- HOFFMANN, W., 1907, *Das literarische Porträt Alexanders des Grossen im griechischen und römischen Altertum*, Leipzig.
- KIENAST, D., 1969, «Augustus und Alexander», *Gymnasium* 76, pp. 430-456.
- KOLENDO, J., 1982, «Le projet d'expédition de Néron dans le Caucase», en: J.-M. Croisille - P.-M. Fauchère (eds.), *Neronia 1977. Actes du 2^e Colloque de la SIEN*, Clermont-Ferrand, pp. 23-30.
- LAMBERT, M., 1971, «Alexandre le Grand vu par Sénèque le Philosophe et par Tite Live», *LM* 7, pp. 25-32.
- LANZA, M., 1971, *Roma e l'eredità di Alessandro*, Milano.
- LASSANDRO, D., 1984, «La figura di Alessandro Magno nell'opera di Seneca», en: M. Sordi (ed.), *Alessandro Magno tra storia e mito*, Milano, pp. 155-168.
- LEHMANN, G., 1971, «Tacitus und die "imitatio Alexandri" des Germanicus Caesar», en: G. Radke (ed.), *Politik und literarische Kunst im Werk des Tacitus*, Stuttgart, pp. 23-36.
- LEVI, M.A., 1977, *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milano.
- LEVI, M.A., 1982, «L'idea monarchica fra Alessandro e Nerone», en: J.-M. Croisille - P.-M. Fauchère (eds.), *Neronia 1977. Actes du 2^e Colloque de la SIEN*, Clermont-Ferrand, pp. 31-39.
- LUISI, A., 1983-84, «Il mito di Alessandro Magno nell'opera di Lucano», *InuLuc* 5-6, pp. 105-122.
- METTE, H.J., 1960, «Roma, Augustus und Alexander», *Hermes* 88, pp. 458-462.
- MUSCETTOLA, A.S., 1983, «Un nuovo Alessandro da Pompei e gli aspetti della *imitatio Alexandri* augustea», *RAAN* 58, pp. 275-295.
- NENCI, G., 1958, «L'imitatio Alexandri nelle *Res Gestae divi Augusti*», en: *Introduzione alle guerre persiane e altri saggi di storia antica*, Pisa, pp. 282-308.
- NENCI, G., 1992, «L'imitatio Alexandri», *Polis* 4, pp. 173-186.
- Neronia IV: Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos, Actes du IV^e Colloque International de la SIEN*, J.-M. Croisille (ed.), Bruxelles 1990.
- PALADINI, M.L., 1984, «A proposito del parallelo Alessandro Magno-Germanico Cesare in Tacito», en: M. Sordi (ed.), *Alessandro Magno tra storia e mito*, Milano, pp. 179-193.
- PICONE, G., 1981, «Ercole e Alessandro. Seneca *de ben.* 1, 13», *Pan* 7, pp. 135-144.
- PLACIDO, D., 1995, «L'image d'Alexandre dans la conception plutarchéenne de l'Empire romain», *DHA* 21.2, pp. 131-138.
- SAMSARIS, D.C., 1990, «Alexandre le Grand comme modèle de stratèges et d'empereurs romains: une première estimation du phénomène de l'imitatio romana Alexandri», *Dodone* 19, pp. 253-262 (en griego, con resumen en francés).
- SIDARI, D., 1979-80, «La missione di Germanico in Oriente nel racconto di Tacito», *AIV* 138, pp. 599-628.
- SIDARI, D., 1982, «Problema partico ed "imitatio Alexandri" nella dinastia giulio-claudia», *MIV* 38, 3, Venezia.
- THERASSE, J., 1973, «Le jugement de Quinte-Curce sur Alexandre. Une appréciation morale indépendante», *LEC* 41, pp. 23-45.
- TREVES, S.P., 1953, *Il mito di Alessandro Magno e la Roma di Augusto*, Milano-Napoli.
- VIPARELLI SANTANGELO, V., 1978, «Ironia e ideologia nell'exkursus del IX libro delle Storie di Livio», *BStudLat* 8, pp. 43-55.
- WEBER, F., 1909, *Alexander der Grosse im Urteil der Griechen und Römer bis in die konstantinische Zeit*, Giessen.
- WIRTH, G., 1976, «Alexander und Rom», *Alexandre le Grand. Image et réalité*, Entretiens sur l'Antiquité Classique XXII, Vandœuvres-Genève, pp. 181-221.
- ZECCHINI, G., 1983, «Modelli e problemi teorici della storiografia nell'età degli Antonini», *CS*, pp. 3-32.
- ZECCHINI, G., 1984, «Alessandro Magno nella cultura dell'età Antonina», en: M. Sordi (ed.), *Alessandro Magno tra storia e mito*, Milano, pp. 195-212.